1. Título: La multitud posmoderna: crítica y actualidad de un concepto
2. Autor: Sebastián Elisalde (UBA-CONICET-IIGG)
3. Dirección electrónica: sebaelisalde@hotmail.com
4. Formación de grado y/o posgrado en curso: Licenciado en Sociología, UBA, y Maestría en Comunicación y Cultura (en curso), UBA.
5. Tipo de beca: Doctoral-CONICET
6. Tema de la tesis en preparación: Abordaje del concepto de multitud en las ciencias sociales, usos y debates a partir de la crisis argentina de 2001.

***La multitud posmoderna: crítica y actualidad de un concepto[[1]](#footnote-2)***

***Introducción***

La intervención política y teórica de Antonio Negri ha llamado la atención en relación al estatuto y las características distintivas de una coyuntura histórica particular. Su intervención, enfática en un interés radicalmente político, tiene como un eje constitutivo del conjunto de su producción una preocupación y atención a la renovada politización de las relaciones sociales que vendría a ser distintiva de nuestro mundo contemporáneo.

En ese sentido, desde la década del ‘90, su intervención ha procurado desandar dos ideologemas que acompañaron el avance neoliberal. El primero de ellos, que establecía la desaparición, de las ideologías modernas, los grandes relatos, la historia, el arte, entre otras caducidades pomposamente anunciadas; el segundo, complementario a dichos obituarios, que sentenciaba al horizonte revolucionario que había acompañado los horizontes movilizatorios de la modernidad. En esta línea, debemos reconocer, como realizan Ipar y De Gainza (2012), que Negri es, al mismo tiempo, el último filósofo posmoderno y también el primero:

“Negri es por eso el último filósofo de la posmodernidad, aquel que frente al eclipse del “pensamiento débil” anuncia el advenimiento de un nuevo pensamiento fuerte, una nueva energía política que habrá de perturbar los modos tradicionales de pensar el mundo contemporáneo (…) Pero Negri es también el primer filósofo posmoderno, porque transforma la crisis de las ideologías racionalistas de la modernidad en el insumo básico de una nueva lógica política.” (Ipar y De Gainza, 2012: 140)

En el centro del desarrollo de esta nueva lógica política se encuentra la noción de *multitud* que será objeto de nuestras consideraciones al recuperar, en este capítulo, los desarrollos de este concepto en el entramado comprendido por *El Poder Constituyente* (1992/2015), *Imperio* (2002) y, en menor medida,*Multitud* (2004) *y Commonwealth* (2011) como sus obras principales, y el importante acerbo documental de conferencias que resultan complementarias y fueron publicadas en otro libros como *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio* (2004), o entrevistas como la realizada por Horowitz (2002) o Gago y Sztulwark (2012) en nuestro país.

El concepto de *multitud*es allí configurado como un concepto clave para la interpretación de la coyuntura contemporánea y cuya repercusión política en el contexto de movilizaciones significativas como las de Genoa, Seattle, o Argentina le dio una veloz circulación y recepción, que fue acompañada por múltiples polémicas en relación al estatuto, adecuación y sentido de su utilización. Tanto nivel local como internacional, los debates en torno a la multitud se encontraron atravesados por impugnaciones teóricas o históricas significativas. No obstante, es propio de la estrategia enunciativa de Negri esa particular forma de conjunción e identificación del concepto con una afirmatividad crítica que le sería constitutiva en esa coyuntura histórica particular. El concepto se establece a partir de *Imperio* de la mano de un diagnóstico histórico desde el cual se modela una propuesta crítica de la que la *multitud* es forma dominante. En el entramado de esta formulación es que intentaremos dar cuenta de qué manera se configura la crítica para Negri de manera tal que será nuestro objetivo en este trabajo: i) detenernos en las principales aristas que hacen al entramado teórico en el que emerge el concepto de multitud, y ii) focalizar el sentido en que dicho concepto se configura como un concepto crítico para la coyuntura en la que se inserta.

La exposición de los perfiles del concepto y su desarrollo se formó afrontando las problemáticas que Negri recupera de sus reflexiones sobre la década del setenta italiana, en las dificultades interpretativas suscitadas por las subjetividades políticas que en ese marco extendieron en el tiempo las movilizaciones europeas de 1968. A través de un encuentro entre un Marx revisitado y las corrientes del pensamiento francés post-mayo del 68 (Foucault, Deleuze y Guattari, fundamentalmente), Negri formula el que será objeto de análisis en este capítulo. Su lectura, en esos horizontes de diálogo, es tematizada en términos de un aparato descentrado y desterritorializado, el *Imperio*, que, a través de una constante expansión de sus fronteras, incorpora progresivamente la totalidad de la vida en su reino global. Entiende al mismo como la consecuencia de un sobrepujamiento inmanente del Imperio que, correlativo con la afirmación de la potencia expansiva que le es propia, constituye una particular forma de potencia resistente. La particularidad de esta potencia radica en una dualidad que le es constitutiva. Por un lado, este poder positivo de la resistencia es el que ha obligado al capitalismo a transformarse de un sistema imperial anclado en el Estado-nación a lo que sería su nueva forma global. Por otro lado, al mismo tiempo, es la potencia de la multitud resistente la que, en su planteo, permitirá la configuración de un nuevo comunismo mundial. Ahora bien, antes de profundizar esta paradoja, cabe mencionar una hipótesis clave para nuestro análisis posterior. En esta lectura de coyuntura, lo negativo, la negatividad, pareciera expulsada y subsumida al plano de lo propiamente ideológico y contrario a esa potencia resistente que vendría a ser enteramente afirmativa. En el análisis político de Hardt y Negri lo negativo es exprimido entre estas dos potencias positivas de las que emerge la multitud. En ese contexto es que podemos intentar interpretar el sentido que adquiere la crítica en sus planteos, y con el que se articula la formulación del concepto de *multitud*. A los fines de continuar desarrollando este entramado, volveremos a la posición sostenida por Negri en *Poder Constituyente* (1992, 2015) que  recupera, luego, en *Imperio* al dar forma y densidad a la *multitud*.

Como anticipamos, su propio desarrollo del concepto de poder constituyente, que se distingue del poder constituido jurídico y legal, será uno de los elementos clave del esquema conceptual en que aparecerá la multitud. El concepto de un poder constituyente positivo constituye un concepto clave que Nengri entiende converge con sus participaciones políticas en el marco de los movimientos sociales de la década del 70. En este sentido es que recuperará parte del legado de aquellos movimientos para reinsertarlos en el marco de la expansión del neoliberalismo en la década del 90 abrevando a su difusión su intervención pública y pregnancia discursiva en movimientos como el de Seattle en 1999 y, luego, los de la Argentina en 2001-2002. Negri realiza constantes referencias al carácter no exclusivamente teórico de su posición, remitiéndolo constantemente a su vinculación y participación en esas experiencias. Ahora bien, como mencionamos, si bien una profundización de estas referencias podría llevar a una detención en su vinculación con el *operaísmo* y la *autonomía operaria italiana* consideraremos la obra de Negri en términos que hagan de esa referencia un aspecto inmanente al concepto y textualidad que tomaremos como punto de partida para nuestra interpretación. Antes que desarrollar esa deriva, de carácter más influencial y externo, enfatizaremos una línea interna legible en la continuidad, reactualización y problematización que Negri realiza del pensamiento de Deleuze, Guattari, Agamben, entre otros; así como indagar en las modalidades de la crítica que, al tratar el concepto de multitud, desarrolla en sus posiciones..

 ***Poder constituyente: de la lectura sintomática a la afirmatividad como crítica***

Una aproximación teórica al poder constituyente constituye una verdadera dificultad en tanto, señala Negri, aquel se encuentra constantemente atravesado por los marcos del poder jurídico-político constituido. Desde el punto de vista del poder constituido, el poder constituyente es figurado como un “poder extraordinario” que debe ser clausurado, tapado y reducido en su expresión a categorías jurídicas y su contenido al plano administrativo, y es en este plano que debe indagarse y rastrearse su emergencia y sus horizontes de intervención. En lo que plantea como un giro copernicano, Negri realiza un análisis de los momentos de aparición de este “poder extraordinario” en torno al discurso teórico político que buscó interpretar los grandes momentos de revolución en la modernidad (la revolución inglesa, americana, francesa y rusa) y configura una lectura donde éste –el poder constituyente– aparece como instancia primaria, originaria y anterior al poder constituido, la soberanía y el derecho.

“La verdad del poder constituyente no es la que (como quiera que sea) puede serle atribuida mediante el concepto de soberanía. No es la misma, porque el poder constituyente no solo no es (como es obvio) una emanación del constituido, sino que tampoco es la institución del poder constituido: es el acto de la elección, la determinación puntual que abre un horizonte, el dispositivo radical de algo que aún no existe y cuyas condiciones de existencia prevén que el acto creativo no pierda sus características en la creación. Cuando el poder constituyente pone en marcha el proceso constituyente, toda determinación es libre y sigue siendo libre. En cambio, la soberanía se presenta como fijación del poder constituyente y por ende como término del mismo, como agotamiento de la libertad de la que es portador” (Negri, 2015: 53)

Es en estos momentos de emergencia donde se atestigua la lucha del poder constituido para contener y frenar la fuerza explosiva del poder constituyente. La apuesta teórica de Negri establece así una discontinuidad radical, una diferencia ontológica que separa a un poder constituyente (absoluto, ilimitado, creativo) del “poder constituido” entendido como el intento de domesticarlo, reencausándolo e identificándolo. En tal sentido es que apunta su intervención y entiende la tarea de la crítica: “Mantener abierto lo que el pensamiento jurídico querría cerrar, profundizar la crisis de su léxico científico, no solo nos entrega el concepto de poder constituyente, sino que nos lo entrega como matriz del pensamiento y de la práctica democrática”(Negri, 2015: 44).

La teoría política, siguiendo su lectura, ha tomado a las revoluciones como momentos particulares de emergencia y excepción pero Negri enfatiza que aquello que en ellas es leído como discontinuo constituye en realidad una latencia propia del estado normal de las cosas. Es en esa superficie de lectura que constituye la experiencia de las revoluciones modernas y desde el léxico de la teoría política que Negri producirá el giro copernicano en el que la noción de *multitud* aparece en primera instancia. Lo que se desprende de esta propuesta de suspensión del punto de vista del poder constituido para una comprensión del poder constituyente es, según Negri, una configuración de este último como “des-utopía”: el poder constituyente antes que un ideal que opera como meta orientadora de la agencia y la crítica es una ruptura material del régimen del poder constituido que se realiza en un sentido absoluto como potencia democrática. Y abarca esta desutopía a una forma particular de hilación entre subjetividad, intervención política, filosofía de la historia y ética, que atañe a la relación entre potencia y acto que es determinante para la comprensión de su definición de la agencia política y la práctica crítica.

Ahora bien, aunque Negri enfatice la pura materialidad del poder constituyente y una positividad que le es constitutiva, es destacable cierta una atención al lugar de la negatividad en su argumentación. Aunque este poder es considerado como “totalmente material”, una agencia que se realiza a sí misma en tanto potencia, el lenguaje de Negri tiende a sugerir un léxico de la negatividad y el vacío al que debe atenderse.

“La ausencia, el vacío, el deseo son el motor de la dinámica político-democrática en cuanto tal. Una desutopía −esto es, el sentido de una desbordante actividad constitutiva, intensa como la utopía, pero sin ilusión, llena, por el contrario, de materialidad”.

“El poder constituyente se define emergiendo del vórtice del *vacío*, del *abismo* de la *ausencia* de determinaciones, como una necesidad totalmente abierta.” (2015:45, énfasis mío)

El pensamiento del poder constituyente en tanto ontológico y dis-utópico trastoca el pensamiento utópico en un sentido material, desplaza el carácter finalista inscripto en aquel y focaliza una agencia constitutiva y anterior a lo constituído por los poderes administrativo-jurídicos. Ahora bien, en la forma específica de su movilización histórica, existe una forma de la negatividad que define a su posición.

Lo negativo es movilizado en un doble sentido: como efecto de ruptura en el marco del poder constituido, como resistencia, rechazo; y como forma de emergencia en el marco y desde el punto de vista del poder constituido.

Por un lado, aparecerá como instancia de emergencia y crisis del poder constituido, instancia propia de la forma específica de aparición del poder constituyente en el escenario histórico: “Los procesos constitutivos de lo real histórico son discontinuos, fulminantes en su impredecibilidad e inmediatez, tejidos *contradictorios* que solo la resistencia, el rechazo y la negatividad combinan y dan forma positivamente.”(2015:404)

Ahora bien, es esta forma de emergencia -negativa-, a la vez una forma de velo y mistificación:

 “Sobre la potencia de una realidad que no consigue tornarse en efecto de realidad se enganchan *representaciones ideológicas* perversas y desfiguradoras. En el vacío de determinaciones al que se ha visto reducido, el tiempo del poder constituyente es concebido como sustancia negativa.”(2015:400)

Esa emergencia de la negatividad es sólo un punto de crisis para el poder constituido, que ofrece una interpretación ideológica y una desfiguración del poder constituyente “como sustancia negativa”. Su negatividad, antes que un atributo propio, es una forma de emergencia derivada, en el marco y desde el punto de vista ideológico de un poder constituido. La negatividad juega así como momento transitorio en el proceso constituyente que es fundamentalmente positivo.

La interpretación negriana parte del establecimiento de un dualismo entre poder constituido y constituyente con el cual analoga los dualismo acto-potencia, negatividad-positividad, y los trastoca e invierte productivamente en una identificación, enfatización y subsunción del poder constituído bajo el segundo polo del dualismo (constituyente, potencia, positividad).

En el contexto de este giro hacia un monismo en el plano ontológico, y a partir de una lectura crítica de las transformaciones históricas en el mundo del trabajo, es que el concepto de *multitud* emerge.

En este segundo sentido es que Negri específica en su entrevista posterior con Cesare Casarino (2008), lo que se encuentra detrás del desarrollo del concepto de poder constituyente es el desarrollo y la superación del concepto de clase; poder constituyente “es un intento de revitalizar el núcleo racional del concepto de clase política a través de un nuevo concepto de singularidad corporal, para actualizar ese núcleo racional confrontándolo con el mundo de lo inmaterial, es decir, el mundo en el que el cuerpo se da a priori como totalmente construido y artificial, como siempre ya un instrumento de trabajo” (2008:142).

En el texto “Hacia una definición ontológica de la multitud” (2002) Negri hace más clara la naturaleza de la multitud como una particular disputa hacia el concepto de clase. Argumenta que dicho concepto y el planteo en el cual se enmarca está en continuidad con el concepto marxista de clase obrera. De hecho, Negri se entiende fiel a una re-politización del concepto de clase en las condiciones de la lucha de clases y la recomposición capitalista contemporánea: esto es, el pasaje conceptual de la concepción de la “obrero masa” (el trabajador de la fábrica fordista) al “obrero social” (la nueva composición del trabajado, de la precariedad, el trabajo intelectual y el trabajo fuera de la fábrica).

La *multitud* será así otro nombre, u otra figura, para la radicalización del “obrero social”. Como argumenta Negri, la *multitud* no se restringe a la esfera de la producción (trabajadores industriales) o a determinadas formas concretas de trabajo. En su lugar, la multitud es un campo de las singularidades de cooperación y por tanto sujetas tanto a la explotación como la explotación de las “redes” de cooperación. La multitud tiene, sin embargo, un poder inconmensurable, de ahí el enlace de vuelta al poder constituyente. La explotación de clase ya no funciona directamente a través de la explotación de la fuerza de trabajo industrial, sino a través de la una explotación de este exceso ontológico inconmensurable o exceso de poder propio del obrero social.

Podemos ver un hilo de continuidad en la obra de Negri: de su análisis de la composición de clase, al pensamiento de poder constituyente, y en el pensamiento ontológico y política de la multitud. El esquema subyacente plantea una oposición asimétrica entre fuerzas, rastreada hasta la relación entre poder constituyente y constituido.

Este esquema persiste en un fragmento de *Imperio “*Totalidades” en que Hardt y Negri destacan este modelo a partir de una crítica a la concepción de la “totalidad revolucionaria” en Lukács y a la “totalidad como dominación” de Adorno. Alejándose de lo que consideran en ambos autores un “paradigma de redención”, en la que la totalidad aparece como lo que debe ser redimidos, ya sea positiva o negativamente, Hardt y Negri argumentan a partir de dos concepciones de la totalidad: la totalidad de derecho y el Estado y la totalidad de la insurgencia. Por un lado, la totalidad jurídico y legal es el dominio del politólogo, quien se refiere a la organización y producción de la obediencia y “asume el poder como totalidad”. Por otro lado, la “ciencia insurgente” que se ocupa de la totalidad como el absoluto democrático, que “asume la desobediencia y la rebelión como único objeto”. Podemos observar que ambas modalidades se corresponden con el poder constituido y el poder constituyente, respectivamente. Estas dos totalidades no son, sin embargo, simplemente oposiciones, sino que son asimétricas y atópicas -constituyen diferentes lugares. La ciencia de la política ocupa el lugar de la trascendencia, mientras que la ciencia insurgente ocupa el lugar de la inmanencia.

Este posicionamiento refleja los términos de la disputa entre Negri y Giorgio Agamben. En *Homo Sacer* (2003), Agamben destaca el carácter escencial de la distinción entre poder constituyente y poder soberano. Sin embargo, se diferencia del argumento negriano en tanto explicita “que el poder constituyente no emane del poder cosntituido ni se limita a instituirlo, y que sea, por otra parte, praxis libre, no significa nada en cuanto a su alteridad con respecto al poder soberano” (2003:61). Para Negri, el punto de Agamben es banal: por supuesto no puede haber concepto separado del poder constituyente desde el punto de vista del poder constituido, en efecto Agamben retoma la posición del científico político esbozada anteriormente. Lo que no puede hacer es tomar la posición de la ciencia insurgente como la inversión copernicana en la que “poder constituyente no tiene que preguntarse si es o no existe: existe, y lleva una vida paralela con respecto al poder constituido”. Ya no es una cuestión de la extracción, sustracción o autonomización de un concepto de poder constituyente del poder constituido, sino viceversa: un reto del poder constituido para dar cuenta de la necesidad de este poder constituyente insurgente.

Nos mantenemos hasta aquí en lo que aparece como un dualismo entre poder constituyente y constituido. Este efecto es acentuado cuando Hardt y Negri recurren a un énfasis en una “separación dogmática y salvaje”, una “oposición antidialéctica” entre ambos. Sin embargo, tenemos que considerar, como Deleuze señala en lo que respecta a Bergson, que: “El dualismo es sólo un momento, que debe conducir a su reforma en un monismo”. Negri, en este punto, prefiere Spinoza a Bergson, pero la estrategia teórica es análoga y el giro hacia el monismo se formula mediante una subordinación radical de la negatividad y una configuración de identidades especulares y autosuficientes para la disolución de la tensión entre dos polos, en pos del predominio y determinación por parte de uno de ellos.

Las tensiones entre poder constituyente y poder constituido se “resuelven”, a los ojos de Negri, al notar que hay *un* solo poder: el poder constituyente como afirmación.

Como afirma: “El spinozismo es un sistema de pensamiento que no conoce la mediación: por un lado, existe este poder *[potenza]* que crea la vida, que produce y reproduce, que define los estilos de vida en el que la libertad, el amor, y conocimiento interactúan continuamente en la constitución de un proceso de este tipo de la producción, y, por otro lado, no es nada -el poder *[Potenza]* de la nada”

La “interacción” entre poder constituyente y poder constituido no está mediada dialécticamente, sino más bien se expresa como una sustracción o intercambio de flujos y energía, y así es como el dualismo se convierte en “una infinidad de relaciones”. El poder constituido no tiene “poder” separado de la negación o la forma negativa: es el límite de nuestro poder que no tiene una realidad positiva, pero siempre se produce por el poder constituyente. Haciendo una analogía con la concepción de Agustín del mal como privación, Negri toma nota de que Agustín conserva su apego temprano a la herejía maniquea concediendo demasiado al mal como un poder separado de la negación. Más bien, halla que sólo hay un poder, el poder constituyente y su límite. La conclusión radical del planteo de *poder constituyente* es la eliminación de lo negativo excepto como la figura del límite.

¿Cómo afecta esto a nuestra descripción inicial del dualismo del poder constituyente y poder constituido? A pesar de las apariencias iniciales, no es una cuestión de una lucha entre dos fuerzas, o de una lectura que abra aquella dimensión ocluida por las formas predominantes de conceptualización del poder constituido, sino más bien “una cuestión de la captura de la relación entre estos poderes *[potenza]* -como una relación entre la vida y sus límites reales-en cada nexo singular”. Es, finalmente, reconducido a un asunto de “vida”: la “relación” de *dos* poderes como un *nexo* *singular* en el que la vida se expresa como pliegue de un mismo plano, el poder constituyente, y el poder constituido como el límite negativo que se ha producido a sí misma. Esta “vida”, como Hardt y Negri han enfatizado largamente, luego, en *Imperio* y *Commonwealth* y que se encuentra en el centro de su argumentación, también en *Poder constituyente* hace al nudo de su argumento biopolítico. Negri insiste en que sus evocaciones de los poderes inconmensurables de la vida no son un vitalismo, sino más bien “una multitud de singularidades colectivamente concebidas”, antes que la vida como una instancia ontológica inmutable, un proceso de subjetivación históricamente específico. ¿Pero por qué elegir la vida como el espacio en que las singularidades se expresan? Este es el punto en que la apelación al aparato de Deleuze, Foucault y Marx toma mayor relevancia. La relación entre la vida y el concepto marxista del trabajo vivo, la inmanencia como una vida, y la noción foucaultiana de biopolítica (en su contenido histórico) son las coordenadas amplias en que esta noción, que encarnará en su conceptualización de la multitud, se configura.

El argumento de *Poder constituyente* parte de, y produce sintómaticamente, los silencios de la teoría política en relación al lugar y relación guardada con el poder constituido. Este vínculo, configurado inicialmente como un dualismo, es leído en la superficie de la teoría del derecho, la justicia y la política. Pero de este primer movimiento, que indaga por el lugar del poder constituyente en una superficie precisa se produce un segundo movimiento (el enfatizado y cuestionado por Agamben) de traslado de la reflexión a un plano ontológico, a partir del señalamiento del carácter anterior, primero y constitutivo, del contenido y sentido del poder constituyente. En tal sentido, lo que por momentos parece configurarse como una puja o tensión es luego derivado al esquema biopolítico de un monismo en el cual la potencia, singularidad y afirmatividad son las únicas modalidades existentes. En tal sentido, la crítica negriana pareciera correrse de un momento de lectura del poder constituyente en los pliegues y superficies de la teoría política y la historia, a un modelo de afirmación de sus atributos como elementos ontológicos autonomizados de aquellas.

***Imperio: crítica de la coyuntura y coyuntura crítica***

El argumento de Hardt y Negri en *Imperio* puede reconstruirse, como señala AnibalViguera (2002), en torno a tres ideas fuerza ligadas entre sí que delimitan el diagnóstico de coyuntura que es el centro de su planteo: la “globalización, que caracteriza a la fase contemporánea del capitalismo en las dos últimas décadas del siglo XX supone un nuevo esquema de poder mundial al que denominan “Imperio”; dicho esquema de poder se asienta en sustanciales transformaciones en el modo de producción, centradas en la hegemonía del “trabajo inmaterial” e implica, la posibilidad de emergencia de un nuevo sujeto, la *multitud*, que se destaca como su principal elemento transformador.

El proceso de globalización de la producción capitalista constituye una verdadera ruptura, un *nuevo paradigma* en la constitución y funcionamiento del orden mundial. Este paradigma expresa el pasaje de un predominio de la “soberanía moderna” a una “soberanía imperial”. El “imperio” como orden jurídico-político implica que los dispositivos básicos de la soberanía -el poder militar, el poder monetario y financiero, y el poder comunicacional, cultural y lingüístico- se han modificado, dejando de lado las fronteras que le eran propias en el marco del Estado-nación, en pos de un conjunto de organismos y dispositivos supranacionales. Los “estados-nación”, y los problemas a ellos aparejados, si bien no han desaparecido, han perdido el control sobre esos atributos fundamentales de la soberanía. Esta extensión de un biopoder sin fronteras suprime todo afuera y posee una lógica espacial: abarca el mundo entero de manera inmanente.

En un movimiento que les ha valido numerosas críticas, Hardt y Negri sostienen que “el fin del imperialismo”, como modo de expansión del estado nacional más allá de sus fronteras y la opresión de naciones fuertes respecto a naciones pobres o débiles: el imperio (que por su propia lógica espacial no tiene “un afuera y un adentro”) se configura como el poder de un “capital colectivo” a-tópico. Éste predomina por sobre la autoridad estatal por lo que el conflicto y competencia entre las potencias ha dejado de ser un elemento relevante para orden global.

Retomando nociones foucaultianas y deleuzianas, el pasaje al Imperio coincide con el tránsito definitivo de la “sociedad disciplinaria” a la “sociedad de control”, en la que el poder se ejerce capilarmente sobre la vida: la disciplina es interiorizada en el individuo no solo en el ámbito productivo, sino también en sus relaciones sociales, culturales y biológicas. Debido a ello, un rasgo central del imperio es la atomización del lugar del poder: el imperio es un "no-lugar" de poder, el control y la producción de subjetividades es resultado de una serie de dispositivos dispersos en una estructura de red.

El segundo eje del diagnóstico de *Imperio* permite visualizar como en la base de la estructura su jurídico-política se realiza una sustancial transformación del modo de producción capitalista: la transición que va del fordismo al posfordismo -o de la industrialización a la informatización de la producción y que aludimos bajo la figura del obrero masa y social- remite a este diagnóstico. En este pasaje, el cambio tecnológico se combina con la transformación de la organización de la producción, dando lugar a un nuevo esquema en el que el “trabajo inmaterial” se ha vuelto hegemónico. En este nuevo estadio, dicen Hardt y Negri, la producción se basa en la cooperación, la comunicación, el lenguaje, el conocimiento, el afecto, articulados en redes que no implican necesariamente la concentración física en un mismo lugar. Tanto en la industria como en los servicios tienden a predominar empleos de aptitudes flexibles y que se caracterizan por el lugar central que ocupan en ellos el conocimiento, la información, el afecto y la comunicación. La cooperación no es una imposición resultante del disciplinamiento de la fuerza de trabajo por parte del capital, sino una inmanencia a la actividad laboral misma. La productividad deviene de la interactividad cooperativa desarrollada a través de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas. La explotación y extracción de plusvalor, se ejerce así sobre el conjunto de la vida y no sólo en el ámbito fabril; el proletariado produce todo el tiempo, producción y reproducción dejan de ser ámbitos y tiempos diferenciados.

El tercer eje que completa el argumento de *Imperio* es el que señala que al paradigma de la soberanía imperial y al posfordismo le corresponde un sujeto y una modalidad de subjetivación: la *multitud*, hasta entonces parcialmente enclaustrado en la estructura de estatal-disciplinaria que hacía del pueblo su foco. El concepto de *multitud* se contrapone así, por un lado, al de pueblo y, por otro, al de masa o muchedumbre. Mientras que el pueblo adquiere las características de una unidad sintética representable como tal para ejercer la soberanía en el Estado, la multitud es por definición plural, múltiple, integrada por infinitas singularidades, irrepresentable y constituyente; frente a la clásica noción de masa o muchedumbre reactivas, sin embargo, aparece como activa, positiva, capaz de generar una transformación por sí misma.

La *multitud* es, además, ontológicamente antagónica, conlleva de manera inmanente un poder constituyente basado en su propia creatividad y en sus deseos de liberación y de resistencia a toda explotación. La idea de la productividad inherente a la multitud, como una inztancia subyacente y solapada, que toma importancia en nuestro contexto, siendo que es tanto el verdadero motor del desarrollo capitalista como el de sus principales transformaciones. Ahora bien, el punto central que otorga importancia actual a este concepto es que en el marco del mundo completamente globalizado del imperio, capital y trabajo se enfrentan “cara a cara”, ya sin mediaciones; de manera que, al mismo tiempo, la multitud ha adquirido una composición tal que está en condiciones de liberarse del control sobre sus fuerzas productivas. Éstas, ancladas ahora en la cooperación, la información y el afecto como pilares centrales de la producción de valor, pueden conducir el proceso productivo sin necesidad del capital; como comenta Viguera (2002): “en cierto modo, la propiedad privada de los medios de producción ha dejado de tener sentido conceptual -aunque siga vigente jurídicamente- ya que la multitud está en condiciones de sostener por sí misma la producción en una suerte de comunismo espontáneo y elemental”.

Es en este sentido que Hardt y Negri sostienen que el Imperio supone un mayor potencial para la liberación, al poner a la multitud en posición de enfrentar directamente los mecanismos de control: la construcción del imperio es, a la vez, su propio ocaso. La lucha contra el capitalismo es posible y necesaria, pero no pasará ya por la afirmación del Estado-nación frente a los poderes globales. Hardt y Negri rechazan contundentemente toda agencia política basada en el Estado-nación: por un lado, por no tener sentido como espacio de disputa en un marco de dominio a escala global, y, por otro, porque entienden que el estado conlleva *per se* aspectos básicamente represivos y ha sido el mecanismo de sometimiento de la multitud al orden de la soberanía nacional que logró contener, desde la temprana modernidad, las energías creativas presentes en ella de manera inmanente.

La lucha contra el Imperio será así una lucha biopolítica, una lucha por la forma de vida, una lucha constituyente que creará nuevas formas de comunidad; la base del léxico instituido para remitir a sus figuras es aquel que encontrábamos en poder constituyente, es la distopía, la deserción, el éxodo.

Negri retoma y retuerce el concepto de biopolítica que dejamos abierto en el apartado anterior y lo plantea, en el marco de *Imperio*¸ como elemento distintivo de su diagnóstico de coyuntura, que complementará el tono ontológico de *Poder constituyente*. Como biopolítica, el capital penetra en la (re) producción de la mano de obra por lo que se vuelve vulnerable en todos los puntos a los elementos vitales, productivos que ha integrado.

“El imperio *crea* un potencial para la revolución mayor que el que crearon los regímenes modernos de poder porque nos presenta, junto con la maquinaria de mando, una alternativa: el conjunto de todos los explotados y sometidos, una multitud que se opone directamente al imperio, sin que nada medie entre ellos.” (2015:257)

Distinguen así Negri y Hardt esta posición tanto de la Foucault, como de Deleuze y Guattari[[2]](#footnote-3). Por un lado, desde su punto de vista, Foucault no puede dar cuenta de “quién o lo que impulsa el sistema, o más bien, qué es el ‘bios”. Por otra parte, Deleuze y Guattari parecen ser capaces de concebir positivamente sólo las tendencias hacia el movimiento continuo y los flujos absolutos “por lo que la ontología radical de la producción de lo social permanece insustancial e impotente”. Lo que se requiere, dirán, es una lectura a través del concepto de trabajo de Marx y en particular a través de su concepción de la idea del *general intellect*, esquematizada en los *Grundrisse*.

Volvemos aquí a la misma estructura que esbozamos con poder constituyente. En primera instancia tenemos el punto de vista de la biopolítica como biopoder en la que el cuerpo se captura y se integra en el poder. Debemos, sin embargo, dividir este concepto en dos: “biopolítica”, por una parte, se convierte en el biopoder *[biopotere]* entendido como institución de un dominio sobre la vida, y, por otra parte, se convierte en biopotencia *[biopotenza]* como potencialidad del poder constituyente” La integración de este potencial de vida en la biopolítica revela que debe considerarse como un presupuesto.

La crítica pareciera formularse como una versión aceleracionista radicalizada: cuanto más domina el Capital en la subsunción real, hasta las raíces más profundas de la existencia, más potencial existe para la resistencia. Más que esto, esta penetración de las relaciones capitalistas en el cuerpo es en realidad un signo de la fuerza inconmensurable de la *vida desnuda* –inversión polémica a partir de su lectura agambeniana- de mera impotencia y sustrato indiferenciado a potencial puro y productivo. Esto se logra mediante la reinscripción de Negri de la vida desnuda en términos de “pobreza”. Si bien puede pensarse que la pobreza implica privación, falta y negatividad, para Negri consiste en la posibilidad misma de toda positividad, porque carece de toda determinación por parte de la riqueza, de la inclusión y de la libertad. En lo que, admite, es una verdadera “paradoja creativa” en tanto significa el poder de metamorfosear, de cambiar, de autonomía.

El capitalismo se presenta así como un tejido ontológico compuesto, en definitiva, por la potencia ontológica de la multitud, la coyuntura y su descripción como en sí misma la apertura de un momento crítico a sí misma. Este movimiento, pierde la producción de la contradicción como instancia relevante para la agencia política. El esquema político delimitado por *Imperio* quiebra la idea de intervención, tanto al nivel del “eslabón más débil” de la cadena (como en Lenin) como del “eslabón más fuerte” (como en Tronti). El capitalismo biopolítico no tiene ya momento negativo. La *multitud* como subjetividad implica una adecuación (estoluego será el centro de la crítica de Badiou) y solapamiento con este esquema, no tiene en ella ninguna intervención la negatividad.

“Queremos evitar definir el tránsito al imperio en términos puramente negativos, en términos de lo que no es, como se hace, por ejemplo, cuando uno dice: el nuevo paradigma se define por la decadencia definitiva de los estados-nación soberanos, por la desregulación de los mercados internacionales, por el fin de los conflictos antagónicos entre los sujetos estatales, etcétera. Si el nuevo paradigma consistiera únicamente en esto, sus consecuencias serían realmente anárquicas. Sin embargo, el poder -y Michel Foucault no es el único que nos lo enseñó- teme y desprecia el vacío. El nuevo paradigma funciona en términos por completo positivos y no podría ser de otro modo” (2002:29)

La lectura de Negri de esta situación es que la inversión de capital de la totalidad de la vida permite la intervención en cualquier y todos los puntos. En *Imperio* sobresale así la idea de que las mutaciones en los Modos de Producción y, en particular, del Capitalismo, no se deben a determinaciones internas del capital ni a motivos morales, económicos o ideológicos sino que constituyen fundamentalmente una respuesta a las luchas políticas, al deseo desterritorializador de la multitud y, en este sentido, representan un intento productivo y afirmativo que excede las posibilidades y características de la disciplina localizada. Esta importancia del rol de lo social en sus mutaciones constituye, al mismo tiempo que un problema teórico significativo, uno de los puntos de interés del planteo negriano de la multitud. Este énfasis es fundamental en el proyecto filosófico que venimos rastreando y tal vez la clave de continuidad con su intervención estratégica en *“El poder constituyente*”*.* El núcleo del desarrollo de *Imperio* se encuentra así en este intento de dar cuenta de esa continuidad (entre ontología e historización) atendiendo a la transformaciones coyunturales que señalamos en los tres ejes desarrollados

 ***Crítica y negatividad en Negri***

En síntesis, podemos entender el desarrollo del concepto de poder constituyente como una *intervención* en el estricto sentido teórico y político del término en tanto atenta contra el núcleo fundante de cierta teoría política moderna. Allí, la apuesta teórica de Negri consistió en demostrar la discontinuidad radical, la diferencia ontológica que separa a la potencia de la multitud (absoluta, ilimitada, creativa), del “poder constituido” entendido como el intento de domesticar esa potencia reencausándola, identificándola y, sobre todo, poniendole fin.

Como señala Gisela Catanzaro: “la *revolution est fini* es el himno inaugural de todo orden cuya fuerza radica en reconocerse heredero de aquello que, en el mismo movimiento de apropiación, es identificado, delimitado y consiguientemente integrado en lo que Ranciére llamaría el orden Policial de los cuerpos”.

 Cuando Negri cuestiona el supuesto del poder constituyente como *fuente* del poder constituido pone en movimiento una crítica inmanente para leer cierto blanco en la argumentación del principio organizativo de esa teoría política y de las formas de representación que supone, es decir, para producir un vacío lógico y argumentativo como un síntoma en tal entramado teórico. Esa capacidad de intervención sobre cierta invisibilidad estratégica en el orden de la dominación,hemos intentado mostrar, es de lo que carece *Imperio.*

Ciertamente, la potencialidadde disrupciónen el orden de lo existente no proviene de una instancia distinta a él y, sin embargo, la superficialidad de este orden no es una superficie homogénea. En el Imperio sigue habiendo elementos paradójicos que pueden ser leídos sintomáticamente y en este punto es que una atención a la categoría de *multitud* resulta ampliamente productiva.

Es necesaria una intervención que lea y *produzca*(a través de esa lectura) como síntomas, las discontinuidades que en el plano de la visibilidad no presentan ningún problema, no aparecen, son invisibles, para que una situación “presente potenciales revolucionarios”.Cuando se pierde el carácter estratégico de esa intervención, el énfasis en las potencialidades no encuentra más horizonte que una celebración de la potencia de la multitud tal como *ya es*, y donde el recurso a la inmanencia deja de funcionar como principio metodológico de la crítica teórica y política para transformarse o en un ideal o en una característica de ciertas épocas históricas (se solapa con la coyuntura que viene a describir).

Así, el tránsito del Imperialismo al Imperio es descripto en *Imperio*(aún concediendo licencias históricas a estas modulaciones) como el pasaje de una lógica trascendente y fijista propia de la soberanía moderna y la sociedad disciplinaria, a una lógica inmanente y flexible característica del capital y la sociedad de control (cuya efectividad ya no depende de la visibilidad y delimitación espacial de las instituciones reglamentarias). Esta descripción sólo es posible si se presuponen inmanencia y trascendencia como propiedades de la realidad identificables, además, con interioridad y exterioridad, positividad y negatividad, para insinuar que la superación de lo exterior es sinónimo de superación de la trascendencia, mediante realización de la positividad.

Siguiendo esa misma línea argumentativa se podría decir que hoy, la supuesta caída de las fronteras exteriores que delimitaban los contornos institucionales del Estado-nación, la fábrica, la escuela, etc., lejos de representar un pasaje a la inmanencia, podrían ser leída como un paso más en el proceso biopolítico de interiorización de los controles y, al mismo tiempo, el remozamiento de la trascendencia fundante del capitalismo -el valor- en una figura que consuma su abstracción e “inmaterialidad” características: la red[[3]](#footnote-4).

Del mismo modo en que una intervención estratégica interrogaba los presupuestos del principio de representación antes de evaluar sus tipos, antes de pasar a considerar las potencialidades revolucionarias de categorías tales como “circulación”, “inmaterialidad” y “ausencia de límites”, categorías que constituyen los pilares de cierta ideología de la globalización, habría que preguntarse por los desplazamientos que están operando en ellos porque, de otro modo, junto con la indagación por su potencialidad se reproducen acríticamente sus invisibilidades estructuralmente necesarias.

De allí que una lectura sintomática de *Imperio* resulte fecunda para leer aquellos problemas que Imperio no se plantea, para producirlos como problemas, como discontinuidades, vacíos de sentido plenos de sentido. Así, resulta altamente productivo enfatizar, como hicimos, los problemas del predominio de la positividad que Negri tiende a producir en su argumentación. Esa expulsión de la negatividad a partir de una hipertrofia de positividades autoafirmativas resulta un elemento altamente sintomático y una línea de indagación clave para pensar una actualidad del concepto de multitud. En este sentido, la producción de esas discontinuidades y el desarrollo de sus implicancias constituyen una tarea pendiente para el abordaje de los problemas que atraviesan al concepto.

1. El presente trabajo constituye una reelaboración de un capítulo de mi tesis de maestría en desarrollo. [↑](#footnote-ref-2)
2. Sobre las diferencia entre ambos, y un desarrollo más amplio de distintos planteos biopolíticos, Cfr. A. Salinas Araya (2014), *La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones,* Viña del Mar: CENALTES. [↑](#footnote-ref-3)
3. Es en este sentido, que una larga lista bibliográfica ha interpretado estos avances: de Adorno a Berardi. [↑](#footnote-ref-4)